

Rollín consistía en dar á los comisarios instrucciones detalladas acerca de las próximas elecciones.

«Las elecciones, decía el ministro, son vuestra gran obra... De la composición de la Asamblea dependen nuestros destinos. *Es preciso que se halle animada del espíritu revolucionario*; si no, marchamos á la guerra civil y á la anarquía... Sabed que *para aspirar al honor de sentarse en la Asamblea nacional hay que ser puro de las tradiciones del pasado*. Que vuestra consigna sea por todas partes: *Hombres nuevos y, en lo posible, nacidos del pueblo*».

«...La educación del país no está hecha. A vosotros os toca guiarlo. Promoved en todos los puntos de vuestro departamento la reunión de comités electorales, examinad severamente los títulos de los candidatos. Escoged solamente aquellos que parezcan presentar más garantías á la opinión republicana y más probabilidades de éxito. *Nada de transacciones, nada de complacencias. Que el día de las elecciones sea el triunfo de la Revolución*».

Este documento anunciaba una especie de dictadura civil, no menos temible y más sabiamente tiránica que las dictaduras militares. Además, el derecho de intervención del gobierno en materia electoral no había sido nunca proclamado con más audaz insolencia. Esta circular, que formulaba todo un programa político, no había sido deliberada en Consejo de ministros; había sido expedida como una simple instrucción administrativa, y los colegas de Ledru-Rollín no conocieron este famoso documento hasta que ya lo leía y comentaba el público.

El efecto producido fué inmenso. Las masas que ya se unían se alejaron de nuevo. Los intereses que tanta seguridad necesitaban se alarmaron. Y estas alarmas, propagándose á la Bolsa en que reinaban otras causas de inquietud, contribuyeron á que los fondos, ya muy bajos, bajaran más todavía. Se repetía públicamente que «el gobierno provisional experimentaba la necesidad de intimidar para adquirir fuerza (1)».

Aquella política de presión violenta era abiertamente favorecida por la Prefectura de policía y la Comisión del Luxemburgo, y ruidosamente proclamada en los clubs.

Caussidière, con sus cuatro compañías de *Guardias del pueblo*, se había atrincherado en la Prefectura de policía como en una ciudadela, conservando su actitud indecisa entre la insurrección y la sumisión.

Deseoso de desembarazarse de un agente tan extraordinario y tan incómodo, el gobierno provisional delegó á M. Recurt para reemplazar á Caussidière, pero Recurt fué rechazado por la Guardia del pueblo. Garnier-Pagès, que tenía fe en su prestigio personal, se comprometió á hacer entrar en razón al terrible prefecto; pero éste se obstinó en no dejarse destituir. El 26 de febrero, varios miembros del gobierno provisional se citaron para la noche siguiente en casa de Marie para buscar los medios de combatir la política radical y desembarazarse de Caussidière; pero habiendo faltado algunos á la cita, el conciliábulo se disolvió sin haber acordado nada. El prefecto de policía separóse de su

(1) Informes de policía. (*Información parlamentaria sobre el atentado de 15 de mayo y la insurrección de junio*, tomo II, pág. 216 de la edición francesa.)

colega Sobrier, que se instaló en la calle de Rívoli, en uno de los edificios de la lista civil, donde hacía acopio de fusiles y municiones como para próximos combates. No atreviéndose á destituir á Caussidière, el gobierno acabó por nombrarle prefecto de policía interino. Tan importante cargo continuaba, pues, en manos de un personaje notoriamente afecto á la política revolucionaria y partidario sobre todo del aplazamiento de las elecciones.

La *Comisión de trabajadores*, instalada en el Luxemburgo, ofrecía otro punto de apoyo seguro á la política radical. Luis Blanc, sin embargo, sólo tropezaba con dificultades en el desarrollo de su plan de organización del trabajo, que tendía á abolir la competencia y á señalar al obrero un salario proporcionado no á su capacidad, sino á sus necesidades. El 1.º de marzo, unos doscientos obreros, titulándose delegados de sus camaradas, se reunieron en la antigua Cámara de los pares. Pero la reunión sólo sirvió para poner de manifiesto sus divisiones y extremadas exigencias. Contestóse la validez de las credenciales de los delegados, y la concurrencia en masa, insensible á las teorías que se le querían someter, pidió á grandes gritos una sola cosa, la disminución de las horas de trabajo y la abolición del regateo. Contestada la validez de los poderes de los primeros representantes, se procedió á la elección de nuevos delegados; cada profesión nombró tres, uno encargado de aportar su concurso á los trabajos de la Comisión, y dos destinados á formar parte de las asambleas generales que habían de examinar los dictámenes de la comisión. Así se formó el llamado *Parlamento del trabajo*, que invirtió las sesiones en invectivas contra la antigua sociedad. La comisión, por su parte, se limitó á suscitar la creación de una oficina de informes para los trabajadores, á solicitar el establecimiento de barridas obreras y á conciliar las diferencias entre cocheros y empresarios de transportes. Pero á los infelices á quienes después de haberles hecho concebir esperanzas se ofrecían tan pocas satisfacciones, había que darles otro alimento. Luis Blanc encaminó su actividad hacia la política. Con su elocuencia persuasiva, les insinuó sus propias ideas, y pronto repitieron por todas partes, á ejemplo de su maestro, que el pueblo, sobre todo en las poblaciones rurales, sería incapaz de elegir sus representantes, que era necesario dirigir las elecciones ó mejor todavía aplazarlas; al mismo tiempo organizaba sus huestes con la mira de una manifestación que prestase una fuerza irresistible á sus aspiraciones.

Los clubs, objeto al principio más bien de curiosidad que de temor, no tardaron en convertirse en centros de todas las pasiones.

Blanqui, puesto en libertad por la revolución de Febrero, fundó con el nombre de *Sociedad republicana central* un club en el salón del *Conservatorio de música*. Acostumbrado á las conspiraciones, á los manejos secretos, amante de la sombra y de la soledad, dándose por austero y casi por indigente, rodeado de algunos fieles partidarios, como Lacambre y Flotte, impenetrable para todo el mundo, Blanqui era más temido que simpático á la demagogía. Su prestigio dependía mucho del misterio que le rodeaba. Poco elocuente, pero de espíritu dominante, poseyendo en grado sumo el arte de manifestarse á tiempo sin prodigarse jamás en de-

masía, estaba destinado á adquirir pronto una fama de audaz y de astuto que no era del todo usurpada. Se le atribuían terribles designios, y él se complacía en alimentar aquella opinión. Nadie le quería, pero todos temían servirle de instrumento, todos temían su influencia que juzgaban más grande de lo que era en realidad. En su club predicaba la desconfianza contra el gobierno provisional, dando á comprender que, si era preciso, convendría expurgarlo. El 7 de marzo se presentó en el Hotel de Ville á pedir el aplazamiento de las elecciones.

Mientras Blanqui reunía á sus adeptos en el *Conservatorio*, Barbés fundaba el *Club de la Revolución* en el Palacio Nacional. Condenado á muerte á consecuencia del atentado del 12 de mayo de 1839 é indultado por Luis Felipe, Barbés, como Blanqui, pertenecía al partido de los conspiradores. Fuera de este punto de semejanza, en nada se parecían. Al contrario de Blanqui, Barbés era comunicativo y generoso. Al salir de la cárcel, la primera visita de este último fué para Lamartine, que en 1839 había solicitado su indulto por conducto de Montalivet. Iba de vez en cuando al ministerio del Interior, más ávido de novedades que animado de malos designios. Pero, á mediados de marzo, sus sensatas resoluciones de los primeros días empezaron á flaquear, y aunque negaba abrigar ninguna idea sediciosa, sostenía en su club una política que no difería mucho de la de Blanqui.

Al lado de estos dos clubs mencionaremos la *Sociedad de los derechos del hombre*, que tenía á Villain por jefe. Esta sociedad, organizada militarmente y dividida en secciones armadas, inspiraba tanto más temor cuanto que parecía mejor dispuesta para la acción. Tenía entonces su residencia en el *Conservatorio de artes y oficios*. Poco tiempo después, con la complicidad del prefecto de policía, había de trasladar su estado mayor y sus oficinas al Palacio Nacional.

Los jefes de las escuelas socialistas se habían aprovechado á su vez de la libertad común. Raspail fundó el club de los *Amigos del pueblo*. Cabet, el apóstol del comunismo, agrupó en torno suyo á sus partidarios, primero en el salón del *Reducto* y después en el de *Montesquieu*. Aunque en estos dos clubs se guardaba alguna reserva, las mociones revolucionarias eran generalmente bien acogidas. El club Cabet votó, el 10 de marzo, un mensaje pidiendo el aplazamiento de las elecciones.

En la Prefectura de policía, en el Luxemburgo, en los clubs, reinaba una poderosa corriente hacia la dictadura revolucionaria. Y Ledru-Rollín se dejaba arrastrar cada vez más por esta corriente. Por consejo del director de correos, se creó en el ministerio del Interior, con el título de *Boletín de la República*, un periódico destinado á ser distribuido en el campo por los carteros rurales. El 15 de marzo, el segundo número de este periódico, publicado y propagado con el sello oficial, pedía el aplazamiento de las elecciones.

La mayoría del gobierno provisional persistía en rechazar con firmeza toda invitación á la dictadura; y en su idea de honrosa resistencia encontraba la adhesión de todos los que se sentían mortificados en sus creencias ó alarmados en sus intereses por la República roja, como decían entonces. Estos veían en Lamartine la

personificación de la política liberal opuesta á la política jacobina, y él procuraba justificar aquella confianza. Pronto halló ocasión de expresar sus sentimientos. El 15 de marzo, el *Club republicano para la libertad de las elecciones*, club conservador recientemente creado, envió una comisión al Hotel de Ville para protestar contra la circular del ministro del Interior. Lamartine no vaciló en desautorizar á su colega. El día siguiente se acordó en consejo de ministros la publicación de un manifiesto en que el gobierno proclamaba la libertad, la seguridad y el respeto para todos, la independencia de los sufragios y el respeto á las conciencias de los electores. El manifiesto fué fijado aquella misma noche en las esquinas de París.

Tres semanas después de la revolución de Febrero, la armonía aparente de los primeros días se había desvanecido. Dos partidos se hallaban en presencia uno de otro: por un lado, Ledru-Rollín y Luis Blanc, apoyados por los *Montañeses de la Prefectura de policía*, los obreros de Luxemburgo y los *cabejillas de los clubs*; por otro lado, la mayoría del gobierno agrupada en torno de Lamartine y defendiendo, con el concurso de toda la gente de orden, la soberanía nacional. Era evidente que el primero de estos dos partidos procuraría intimidar ó absorber al otro.

V

Un incidente inesperado precipitó la crisis.

Por decreto de 13 de marzo, Ledru-Rollín pronunció la disolución de las compañías de granaderos y cazadores de la guardia nacional, ordenando que los hombres que las componían ingresasen en las compañías ordinarias. Esta medida causó viva irritación. Comisiones de la primera legión y de las legiones suburbanas fueron al Hotel de Ville á protestar contra el acuerdo ministerial; otras comisiones fueron al ministerio del Interior, donde formularon enérgicamente sus quejas. No contentos con esto, varios miles de guardias nacionales, en la mañana del 16 de marzo, acudieron en imponente manifestación al Hotel de Ville; manifestación que se generalizó cambiando algo de carácter, pues ya no se trataba solamente de reivindicar contra Ledru-Rollín el mantenimiento del antiguo privilegio de las compañías disueltas, sino de protestar además contra la política del ministerio; y todos los elementos conservadores que la guardia nacional contenía se reunieron en aquel pensamiento común. A la altura del puente del Cambio, la columna fué detenida por grupos hostiles, del seno de los cuales salían gritos de «¡abajo los morrones de pelo!» «¡Abajo Ledru-Rollín!» contestaron los guardias nacionales. Sin embargo, muchos manifestantes dudaban ya de la prudencia de sus compañeros, y por temor de comprometer la paz pública, desertaban el cortejo y se volvían silenciosamente á sus casas. Los más ardientes persistieron en su empresa y atravesaron la muchedumbre que llenaba la plaza de Grève. Sus delegados penetraron en el Hotel de Ville en el momento en que Lamartine comunicaba á sus colegas el proyecto de manifiesto de que arriba hemos hablado.

Los ministros, que juzgaban intempestiva la manifestación, recibieron muy mal á las comisiones. Los guardias nacionales se retiraron confusos en medio de una

rechifa popular que les acompañó desde la plaza del Hotel de Ville hasta sus barrios respectivos.

- Este incidente no merecería ser referido si no hubiese proporcionado al partido radical el pretexto que buscaba.

Apenas los últimos pelotones de guardias nacionales se habían alejado de la Casa de la ciudad, cuando varios cabecillas empezaron a recorrer los grupos, suscitando entre el pueblo el deseo de las represalias. «*La reacción levanta la cabeza*, decían; hoy atacan á Ledru-Rollín y á Luis Blanc; mañana atacarán á la República.» A la caída de la tarde, los periódicos radicales repitieron este lenguaje, acentuándolo todavía. Los clubs abrieron aquella noche sus sesiones en medio de la agitación más viva. Sombrio é impenetrable como siempre, Blanqui se aprestaba á la acción. Más comunicativo y más moderado en sus miras, Barbés no estaba menos resuelto. Sobrier difundía por todas partes el ardor febril que le animaba. Cabet leyó á sus adeptos un proyecto de proclama: «Que el pueblo en masa, dijo, vaya al Hotel de Ville para pedir: 1.º, el alejamiento de las tropas; 2.º, el aplazamiento de las elecciones para la guardia nacional hasta el 5 de abril; 3.º, el aplazamiento de las elecciones para la Asamblea constituyente hasta el 31 de mayo...» Por su parte, Caussidière, recibiendo aquella misma noche varias delegaciones de las sociedades democráticas, les dió este consejo: «Reuníos mañana, antes del mediodía, cien mil en la plaza de la Concordia, para manifestar sin desorden vuestra adhesión á las instituciones republicanas (1).» Y el prefecto de policía, no contento con haber dado este singular consejo, envió sus agentes á propagar las mismas instrucciones por la ciudad y sus afueras. Los delegados del Luxemburgo avisaron á las corporaciones. Pasóse la noche en cambiar consignas, en confeccionar estandartes y en disponer la marcha del cortejo. El 17 de marzo, al amanecer, una proclama firmada por Sobrier, Cahaigne y algunos otros invitó al pueblo de París á reunirse á las diez en la plaza de la Concordia. Finalmente, á las nueve de la mañana, una comisión llamada *de los Treinta* fijó los términos de una petición que había de ser presentada al gobierno y que renovaba el deseo formulado el día antes por Cabet. La manifestación estaba asegurada y prometía ser tan imponente que asustó á los mismos que más la habían deseado. Caussidière encargó á varios *Montañeses* que marchasen al frente del cortejo y protegiesen, si era preciso, al gobierno provisional; y Luis Blanc convocó con urgencia en el Luxemburgo á varios de los delegados más seguros y les recomendó que empleasen su influencia en el sentido de la moderación (2).

El gobierno del Hotel de Ville seguía de hora en hora la marcha del complot que ya no se ocultaba. No tenía ninguna fuerza seria que oponer á aquella manifestación que podía ser terrible. La nueva guardia nacional no estaba organizada; la antigua era impotente y además se había desacreditado el día antes. El ejército había sido alejado de París, y los pocos cuerpos aislados que aún guardaban las barreras de la ciudad no hubieran hecho más que excitar las iras populares. Sólo

(1) Caussidière, *Mémoires*, tomo I, pág. 174.

(2) Caussidière, *Mémoires*, tomo I, pág. 176. Luis Blanc, *Revolución de 1848*, tomo I, pág. 309.

algunas tropas regulares, reclutadas con el nombre de *Voluntarios de Febrero*, defendían la entrada del Hotel de Ville, y aun su jefe, el coronel Rey, era amigo de Barbés. A todo evento, Lamartine envió algunos emisarios á los grupos que empezaban á formarse. Marie alejó del centro de París á los obreros de los talleres nacionales. Tomadas estas precauciones, los ministros esperaron los sucesos.

Cerca de las nueve de la mañana acudió una inmensa multitud de pueblo á la plaza de la Concordia, punto de partida del cortejo. Este se formó rápidamente. No cabía duda que aquel ejército popular obedecía á una dirección, tan grande era el orden y tan bien observada la disciplina. A decir verdad, los manifestantes abrigan en el fondo del alma sentimientos muy diversos. Unos querían simplemente protestar contra las pretensiones de una guardia nacional privilegiada y se figuraban de buena fe que la agitación no tenía otro fin; otros, más audaces, tenían la pretensión de influir con la autoridad de su número en los acuerdos del Consejo y de afianzar la situación de Ledru-Rollín y Luis Blanc; y no faltaba quien abrigase la esperanza de espurgar al gobierno. Pero los directores supieron fundir tan diversos elementos y disciplinarlos para una común manifestación. Cerca de las once, el cortejo se puso en marcha, dirigiéndose por los muelles hacia la plaza de Grève. Los manifestantes procedieron con calma. Todo emblema siniestro había sido proscrito; algunos gorros encarnados que surgieron en medio de los grupos fueron acogidos con gritas y desaparecieron.

A las doce, todos los miembros del gobierno, á excepción de Arago, se hallaban reunidos en el Hotel de Ville. Más bien rehenes del pueblo que depositarios del poder, esperaban la anunciada manifestación. Cerca de la una la cabeza de la columna llegó á la plaza de Grève cuando las últimas filas salían de la plaza de la Concordia.

Hubo entonces un momento de espera no desprovista de ansiedad. ¿Cuál iba á ser el primer impulso de aquella multitud cuya corriente irresistible podía arrollarlo todo? Mientras tanto, Cabet logró penetrar en la Casa de la ciudad y prometió á Lamartine que la dignidad del gobierno sería respetada. Ante esta promesa se abrieron las rejas del palacio. Un centenar de hombres, jefes de clubs, ó supuestos delegados, entre los cuales se hallaban Sobrier, Blanqui, Lacambre y Flotte, se precipitaron en el edificio. Momentos después fueron recibidos por el gobierno provisional.

Uno de los delegados leyó la petición adoptada por la mañana. Aunque reservada en sus términos, no era menos inquietante: toda petición parece una amenaza cuando se juntan cien mil hombres para presentarla. Además, se agitaban en torno de Blanqui algunos individuos de figura siniestra, de gesto impetuoso y de actitud provocadora, que procuraban substituir el lenguaje respetuoso de la petición con injuriosas intimaciones. Atento á los menos incidentes de la entrevista, Luis Blanc comprendió que si se acentuaba el movimiento, éste escaparía á su dirección; quería intimidar á sus colegas, pero no entregarlos al motín; así es que se convirtió, si no en adversario, al menos en moderador de la manifestación que había contribuido á suscitar.

Mientras Luis Blanc afirmaba, entre otras cosas, que

el gobierno provisional deseaba marchar con el pueblo y morir por él si era preciso, se iniciaban dos corrientes en las masas. Por un lado, Cabet y Sobrier escuchaban los consejos de la moderación, invitando á sus amigos á que les imitasen. Por otro lado, los seides de Blanqui daban á entender que no se contentaban con palabras sonoras.

Ledru-Rollín, llamado como Luis Blanc á contener al partido excitado por él, dijo que había consultado á los comisarios, y que si resultaba de sus informes que las elecciones no podían asegurar en aquel momento el triunfo del principio republicano, serían aplazadas, pero que no podía tomarse acuerdo alguno sin haber sido consultada la voluntad de Francia entera. «Lo que vosotros queréis, lo que queremos todos, añadió Ledru-Rollín, es el establecimiento definitivo de la República que hemos proclamado en las barricadas...» Este lenguaje fué saludado con aplausos y gritos de «¡viva Ledru-Rollín!» Cabet y Sobrier, á quienes apoyaban ya la mayor parte de los delegados, trataron otra vez de determinar la adhesión unánime de los circunstantes. Pero los amigos de Blanqui continuaban agitándose. Todas las miradas se fijaron en Lamartine y algunos labios pronunciaron su nombre.

Hasta entonces Lamartine había callado. Inspirador del partido de la resistencia, era en aquel momento más sospechoso que nadie á la demagogia; además, no le disgustaba dejar á Ledru-Rollín y Luis Blanc el cuidado de disolver la manifestación. Pero, obligado á explicarse, le hubiese dado vergüenza escurrir el bulto, y acercándose inmediatamente á los que le interpelaban, dijo: «Señores, he sido designado por mi nombre; recojo mi nombre y tomo también la palabra... No hay gobierno posible sino con la condición de que tengáis la confianza y la razón de conferir una autoridad moral á este gobierno. Y la autoridad moral ¿qué es más que la independencia completa de toda presión exterior?. No tenemos guardias, ni armas, ni apoyo material; no tenemos más fuerza que nuestra autoridad moral, y esta suprema valla de nuestra independencia la defendemos hasta la muerte.» Estas palabras conmovieron á la asistencia. Sacando partido de estas disposiciones de ánimo, Lamartine entró en el examen de la triple petición formulada por los manifestantes. Hizo observar que las elecciones de la guardia nacional habían sido ya aplazadas por ocho días; añadió que las tropas habían salido de la capital y que apenas quedaban dos mil hombres para la guardia de las barreras y la protección de los ferrocarriles. En cuanto al aplazamiento de las elecciones de la Constituyente, negóse á comprometerse á nada en su nombre ni en el de sus colegas. Rechazó muy enérgicamente la idea de una dictadura prolongada. «Sólo una cosa os prometo, añadió con firmeza, y es examinar vuestros deseos en nuestras conciencias.» Este claro y valiente lenguaje determinó una aprobación muy viva, y el partido de la moderación ganó nuevos adeptos. Cabet y Sobrier, aprovechando un momento de emoción general, trataron de hacer operar á sus compañeros un movimiento de retirada. Al mismo tiempo la muchedumbre apiñada en la plaza, cansada de esperar, empezó á llamar á gritos al gobierno provisional. Lamartine y sus compañeros de gabinete, juntamente con los delegados, bajaron las escaleras

y se dirigieron hacia las puertas exteriores del palacio. Los partidarios de Blanqui no renunciaban, sin embargo, á sus designios. Uno de ellos, acercándose á Luis Blanc, le dijo al oído: «¿También tú eres traidor?» Dos hombres armados intentaron arrojarlos contra Marrast y Garnier Pagés; y los temores eran tan vivos, que los miembros de los clubs moderados improvisaron rápidamente una especie de guardia para evitar ó reprimir nuevos atropellos (1).

A un tiempo vitoreados y amenazados, los miembros del gobierno provisional llegaron á la plaza. A su aparición, los gritos de «¡viva Ledru-Rollín!, ¡viva Luis Blanc!» salieron de todas partes, pero nada anunciaba el triunfo de los blanquistas en sus proyectos sediciosos. Luis Blanc tomó la palabra y empleó todos los recursos de su elocuencia para persuadir al pueblo que lo más prudente era retirarse y esperar en paz la resolución que se tomaría. El gentío que llevaba dos horas de plantón en la plaza se dejó convencer fácilmente. Operóse el desfile sin desorden, y luego el cortejo se dividió en dos columnas. Una fué en peregrinación á la plaza de la Bastilla, y la otra se dirigió hacia el ministerio del Interior. Entrada la noche, los grupos regresaron á sus barrios respectivos y la jornada acabó más pacíficamente de lo que se esperaba.

Pasado el peligro, se vió un singular espectáculo. Lamartine y sus colegas fingieron tomar por homenajes las afrentas recibidas; y habiendo sido amenazados por el pueblo, les pareció conveniente dar las gracias á aquel mismo pueblo por no haber ejecutado sus amenazas, y se las dió en efecto en un manifiesto publicado el 18 de marzo y en que se decía, entre otras cosas, lo siguiente: «Ayer aportaste á nuestra autoridad transitoria la fuerza moral y la majestad del soberano. Pueblo de París, fuiste tan grande en esa manifestación tan regular y bien ordenada, como fuiste heroico en tus barricadas (2).» Las elecciones de la guardia nacional fueron aplazadas para el 5 de abril, y las generales para el 23 de igual mes.

VI

La situación no cesaba de agravarse, y en todas partes se encontraban motivos de alarma.

El estado de la hacienda ofrecía graves dificultades al nuevo gobierno.

En los últimos años de la monarquía de Julio, las obras públicas y el sostenimiento costosísimo del ejército de Argel habían aumentado considerablemente los gastos del Estado. Las inundaciones y la mala cosecha crearon en 1846 nuevas cargas para el Tesoro. Aquellos gastos eran seguramente justificados, pero trastornaron algo la administración de hacienda. Desde 1845, los presupuestos estaban en déficit, déficit que se cubría por medio de reservas de la amortización. En 1841 se había votado un empréstito de 450 millones. En 1847, el poder legislativo autorizó un nuevo empréstito de 350 millones, de los cuales, 250 fueron suscritos por la casa Rothschild. La deuda flotante, á principios de 1848, se elevaba á una cantidad nunca alcanzada hasta

(1) Luis Blanc, *Revolución de 1848*, tomo I, pág. 313. Garnier Pagés, *Revolución de 1848*, tomo III, pág. 388.

(2) *Monitor*, pág. 637.

entonces. Además, la industria y la alta banca, á ejemplo de los poderes públicos, habían adquirido compromisos en la suposición de una larga paz. Habiendo los ferrocarriles abierto nuevos horizontes al espíritu de empresa, la especulación se echó con avidez sobre los títulos de toda clase que se habían creado. Las carteras estaban repletas de acciones cuyo porvenir se descontaba.

En medio de tan complicada situación estalló la revolución de Febrero.

El efecto producido fué terrible. En vano Goudchaux, nombrado ministro de Hacienda, manifestó que en nada se cambiaba la antigua organización financiera y que las contribuciones se habían de cobrar como antes (1): los ingresos en las cajas públicas cesaron súbitamente. En vano, para restablecer la confianza, anunció que el semestre de renta que vencía el 22 de marzo sería pagado con anticipación (2): esta ostentación de riqueza recordó las prodigalidades precursoras de las quiebras. Como si la penuria del Tesoro no fuese bastante grande, el gobierno provisional redujo aún los recursos del presupuesto con la abolición del impuesto del timbre sobre los periódicos. Descontento de esta concesión, incapaz de vencer tamañas dificultades y deseoso de atender á sus propios negocios, Goudchaux abandonó la cartera de Hacienda el 5 de marzo. Más animoso ó menos perspicaz, Garnier-Pagès aceptó tan pesada herencia; pero, á pesar de su habitual presunción, perdió pronto los ánimos.

Y es que la situación era terrible. La existencia en caja del Tesoro era de 192 millones el 24 de febrero; este recurso era casi el único con que se podía contar. El impuesto indirecto era contestado, las barreras de consumos destruídas, la cobranza de la contribución indirecta encalmada: las compañías de ferrocarriles deudoras al Estado estaban más dispuestas á solicitar su apoyo que á pagar á vencimiento lo que le debían. El Estado tenía, pues, que hacer frente á todas sus cargas: pagar el semestre de la renta, atender á todos los servicios, continuar las obras públicas de imposible suspensión, organizar los talleres nacionales y pagar todas las deudas con las escasas existencias del Tesoro. ¡Y sólo la deuda flotante ascendía entonces á 960 millones! (3).

Lo que hacía la crisis más aguda era que el crédito particular se resentía tanto de las circunstancias como el crédito público. Cuando las revoluciones se ven venir, la marcha de los negocios disminuye poco á poco y el último golpe se deja sentir menos. La revolución de Febrero sorprendió al país en plena actividad. Cuando la Bolsa, después de haber permanecido doce días cerrada, volvió á abrirse el 7 de marzo, se presentó una verdadera catástrofe. La renta 5 por 100, que el 23 de febrero se cotizaba á 116 francos, bajó á 89; el 3 por 100 pasó de 73 á 56 francos; las acciones del Banco de Francia, que valían 3.200 francos, disminuyeron hasta 2.400. Los banqueros, alocados, echaban al mercado sus carteras llenas de valores, y en los días siguientes, lejos de renacer la confianza, siguió bajando la

(1) *Monitor* de 1.º de marzo, pág. 519.

(2) *Monitor* del 4 de marzo, pág. 537.

(3) Memoria sobre las cuentas del Gobierno provisional. (*Monitor* del 26 de abril de 1849.)

Bolsa. Muchos industriales cerraron sus fábricas, y los obreros sin trabajo, primeras víctimas de la crisis, la agravaban con su agitación amenazadora. No era menos apurada la situación del comercio. El 26 de febrero hubo necesidad de conceder por decreto una prórroga de diez días para el vencimiento de los efectos comerciales (4). La perturbación era tan grande, que esta concesión no satisfizo á las exigencias del negocio. El 8 de marzo una comisión numerosa solicitó la prórroga de tres meses para todos los vencimientos, y al Gobierno le costó gran trabajo desentenderse de semejante proposición (5). Pocos días después, el 19 de marzo, un decreto autorizó á los tribunales de comercio para conceder á los negociantes, bajo determinadas condiciones, un plazo de tres meses contra las persecuciones de sus acreedores (6). Como el trastorno degeneraba en pánico, los ricos suspendían sus compras, los pequeños rentistas reclamaban el reembolso de los bonos del Tesoro vencidos, y los trabajadores acomodados retiraban sus depósitos de las cajas de ahorros. En vano la prensa predicaba la confianza; su voz se perdía en el seno del desaliento general, sin encontrar eco casi nunca.

Como sucede siempre en tales casos, no faltaba quien diese consejos al Gobierno para salir de apuros. Carteles fijados en las esquinas pedían la devolución forzosa de los mil millones distribuídos á los emigrados. Díjose que el banquero Fould (aunque él lo desmintió luego) propuso la suspensión de uno ó dos semestres de los atrasos de la renta. Otros veían la salvación en una emisión de papel moneda ó en la organización de un banco de Estado. Otros, en fin, menos escrupulosos, considerando que una bancarrota general sería el medio de liquidación más sencillo y más seguro, no vacilaban en preconizar semejante corte de cuentas.

El gobierno provisional (hay que hacerle esta justicia) rechazó sin discusión aquellos consejos tan indignos como ineficaces. Sus primeros esfuerzos tendieron á reanimar el crédito. Con la esperanza de devolver un poco de vida al comercio, facilitando la negociación de los efectos, se crearon *Comptoirs d'escompte*. Además se decretó el establecimiento de *Almacenes generales*, donde comerciantes é industriales pudiesen depositar las primeras materias ó los objetos fabricados, mediante recibos con expresión del precio en venta, transmisibles por endoso. Gracias á esta innovación, copiada de Inglaterra, los negociantes y productores podían ofrecer á los banqueros de quienes solicitaban crédito una garantía real y material; el sistema movilizaba, por decirlo así, y hacía convertibles en dinero los productos de la industria: recurso precioso en una época en que se habían suspendido las compras por falta de confianza y las casas más sólidas, llenas de mercancías, morían por falta de capitales.

Pero estas medidas, propias para disminuir las dificultades del comercio, no remediaban la penuria del Tesoro. En tiempo ordinario, cuando el Estado necesita dinero, recurre al empréstito. Pero la situación del mercado no permitía este expediente. Fué una candi-

(4) *Monitor* de los días 27 de febrero y 5 de marzo, págs. 507 y 543.

(5) Garnier-Pagès, *Révolution de 1848*, tomo IV, pág. 7.

(6) *Monitor* del 20 de marzo, pág. 643.

dez financiera el decreto de 9 de marzo, que autorizaba al ministro de Hacienda para emitir inmediatamente á la par los 100 millones que faltaban cubrir sobre el empréstito de 350 millones, votado el 8 de agosto de 1847. Ofrecer renta 5 por 100 á la par, cuando el 5 por 100, cotizado el 7 de marzo á 89 francos, había bajado el día 9 á 74, era contar demasiado con el patriotismo ó con la simpleza de los capitalistas; el proyecto tuvo la suerte que era de suponer. En la imposibilidad de llenar el erario público, Garnier-Pagès, asustado, quiso al menos evitar el vaciarlo demasiado pronto. Sólo esa preocupación puede excusar las medidas tomadas con los imponentes de las cajas de ahorros y los tenedores de bonos del Tesoro.

Partiendo del principio que «los pequeños depósitos pertenecen en general á gente necesitada, mientras que los grandes depósitos son propiedad de familias más ó menos acomodadas, y que los primeros imponentes al retirar sus fondos obedecen á la necesidad, al paso que los segundos muestran una malevolencia culpable y una desconfianza injuriosa para la República,» Garnier-Pagès decidió que los depósitos que no excedieran de cien francos fuesen reembolsados íntegramente en metálico, y los demás lo fuesen hasta cien francos en metálico y el excedente, mitad en bonos del Tesoro y mitad en renta 5 por 100 á la par. Los bonos del Tesoro habían de ser á cuatro ó seis meses fecha, según que los depósitos fuesen inferiores ó superiores á 1.000 francos (1).

El 16 de marzo, con el pretexto de que una inquietud mal fundada había prevalecido momentáneamente y que todos los bonos vencidos habían tenido que ser reembolsados en metálico (2), el gobierno decidió que en adelante los tenedores que se negasen á una renovación fuesen reembolsados, no en numerario, sino en renta del 5 por 100 á la par.

Mientras tanto, el Banco de Francia era amenazado á su vez. Esta grande institución había desde luego resistido valerosamente á la crisis. Desde el 26 de febrero hasta el 15 de marzo había descontado la cantidad de 110 millones en París y 43 millones en provincias, reembolsado al Estado 77 millones y adelantado 11 millones al Tesoro para atender á urgentes necesidades de los servicios públicos. A pesar de que sus valores en caja habían bajado de 140 millones á 70, esperaba hacer frente al peligro. Pero el importe del papel presentado al cambio en metálico había ascendido de pronto á una suma espantosa. El 15 de marzo se pagaron más de 10 millones en metálico. La existencia en caja quedó reducida á 59 millones, la mayor parte de cuya cantidad se debía al Tesoro; y el pánico era tal, que se esperaba aún mayor afluencia para el día siguiente. El gobernador, Sr. de Argout, se fué al ministerio de Hacienda. «Dentro de pocos días, dijo, el Banco verá completamente agotadas sus existencias en metálico. Es preciso que el Estado salve al Banco á fin de que el Banco pueda, á su vez, ayudar al Estado con sus préstamos.» En seguida se redactó un decreto instituyendo la circulación forzosa de los billetes del Banco; mas, para tranquilizar al público y evitar una excesiva deprecia-

(1) Decreto de 9 de marzo (*Monitor*, pág. 580).

(2) Dictamen de M. Garnier-Pagès, de 16 de marzo (*Monitor*, pág. 625).

ción de los billetes, el mismo decreto decidió que las emisiones en ningún caso podían exceder de la cantidad de 350 millones, y que la situación del Banco se publicaría cada ocho días en el *Monitor* (3).

Los expedientes de que se acaba de hacer mención eran más propios para alejar que para conjurar la crisis final. El gobierno necesitaba, pues, arbitrar nuevos recursos, y lo primero que se le ocurrió fué aumentar la contribución inmobiliaria. El 17 de marzo decretóse que «se percibirían temporalmente, por el año 1848, 45 céntimos del total de las cuatro contribuciones directas, y que estos céntimos temporales serían inmediatamente exigibles.»

Tales fueron las principales medidas financieras tomadas por el gobierno provisional. Evitóse al país la vergüenza de una bancarrota; pero la Bolsa continuó bajando, las alarmas del comercio persistieron y las quiebras se fueron multiplicando. Las disposiciones financieras, por enérgicas que sean, no producen su efecto si no las ayuda una política de orden. Y, desgraciadamente, el orden estaba cada vez menos asegurado.

VII

Las demostraciones populares de los primeros días, acogidas con más curiosidad que espanto, no habían tardado en revestir un carácter inquietante. A partir del 17 de marzo, la agitación fué permanente.

Cada noche, numerosas partidas, no ya inofensivas, sino á menudo amenazadoras, recorrían las calles. Los manifestantes se introducían en las casas, y, de grado ó por fuerza, las hacían iluminar. El ruido de los cantos, el estallido de los petardos, las detonaciones de las armas de fuego resonaban hasta muy entrada la noche. A fin de perpetuar el recuerdo de la revolución reciente, se había acordado plantar en las plazas públicas árboles de la libertad. Cada barrio, cada corporación quería tener el suyo. Buscábanse álamos en los viveros ó en los jardines públicos; el pueblo se apiñaba en torno del sitio designado; el clero era llamado para bendecir el nuevo símbolo, y largas declamaciones sobre la libertad, la igualdad y la fraternidad, terminaban aquellas fiestas en que se complacía una población á la vez ociosa y febril. Aquellas ceremonias, bastante inocentes en sí, tenían consecuencias que lo eran menos; porque los obreros, en vez de dispersarse sin desorden, invadían á menudo las habitaciones vecinas y, con el pretexto de cubrir los gastos de la manifestación, arrancaban dinero á los ciudadanos pacíficos. En el Marais, en los arrabales de San Antonio, San Marcelo y San Martín, se formaban grupos á la puerta de los caseros, y con gritos, amenazas y vociferaciones de toda clase procuraban obtener la condonación de los alquileres vencidos. Si se negaban á esta concesión, una bandera negra enarbolada en su ventana, manojos de paja amontonados á la puerta en señal de incendio, monigotes ahorcados en señal de venganza les designaban al resentimiento público. Los obreros, á la vez

(3) Dictamen de M. de Argout, gobernador del Banco de Francia (*Monitor*, pág. 617). Decreto de 15 de marzo (*Monitor*, pág. 617). Garnier-Pagès, *Révolution de 1848*, tomo IV, págs. 27 y 28.